

“Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos” (Mateo 28, 18-20) (Salmo)

Querido/a amigo/a: Con estas palabras del Evangelio de la Misa del Día de la Ascensión de Jesús a los Cielos, el Señor quiso manifestar que no iba a dejar huérfanos a sus discípulos. Las pronuncia en el momento oportuno, cuando acaba de encomendarles su misión definitiva: la de ser sus testigos hasta los confines del mundo, es decir, que con la fuerza del Espíritu Santo, que Jesús les promete una vez más, los discípulos han de hacer muchos discípulos que, como ellos, guarden todo lo que Jesús les ha mandado. Nuestro querido Benedicto XVI, en maravillosos párrafos de su libro *Jesús de Nazaret* nos dice “que no es tarea de los discípulos quedarse mirando al cielo....ahora su tarea es llevar el testimonio de Cristo hasta los confines de la tierra.”

Y añade el Papa:...”Como actitud de fondo para el *tiempo intermedio*, a los cristianos se les pide la vigilancia. Esta vigilancia significa, de un lado, que el hombre no se encierre en el momento presente, abandonándose a las cosas tangibles, sino que levante la mirada más allá de lo momentáneo y sus urgencias. De lo que se trata es de tener la mirada puesta en Dios para recibir de Él, el criterio y la capacidad de obrar de manera justa.”

Y como dice D. Amadeo Rodríguez, Obispo de Plasencia, en el semanario Alfa Omega, que “los discípulos, (y esos somos también nosotros) hasta el encuentro con el Señor, hasta que vuelva, han de saber vivir la relación entre el cielo y la tierra: con los pies en la tierra y la mirada en el cielo. Que el necesario pensamiento del cielo nunca debe distraernos de nuestra responsabilidad en la tierra; al contrario, la ha de afianzar y fortalecer. Esa unión entre el cielo y la tierra la expresó maravillosamente Santa Teresa del Niño Jesús, cuando escribió: “Yo quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra”. Lo nuestro, de momento, sería: *Yo quiero pasar por la tierra haciendo siempre de ella el cielo.*”

Y fue precisamente el tantas veces nombrado Concilio Vaticano II, el que en su Constitución “*Gaudium et spes*”, sobre la Iglesia en el mundo actual, nos dice.””Los laicos, que desempeñan parte activa en toda la vida de la Iglesia, no solamente están obligados a cristianizar el mundo, sino que además su vocación se extiende a ser testigos de Cristo en todo momento en medio de la sociedad humana. (Nº 43. Misión de la Iglesia.). Y ya, antes, en el mismo número, se nos advierte que “El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos, debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época.”

Según lo anunciado, el pasado sábado tuvimos, una Misa de Acción de Gracias, ante la venerada Imagen de la excelsa Patrona de la ciudad, Nª Sª de los Reyes, en su maravilloso altar de la Capilla Real de la S.I. Catedral, Eucaristía que fue oficiada por el queridísimo D. Publio, que como siempre, con su palabra cálida y entusiasta, nos animó a continuar siendo “antorcha, cordial y entrañable, dondequiera que estemos”. ¡Al ataque!

Os participamos que el acto de fin de curso que tendremos en Utrera, con el correspondiente almuerzo de convivencia, precedido de la tradicional representación teatral de nuestro Cuadro Escénico y finalizado con algún que otro *homenaje especial*, será el sábado, día 18, ya que no se puede la fecha anunciada, por no encontrar sitio libre. **No dejéis de hacer la inscripción cuanto antes, ya que queda poco tiempo.**

Lo mismo decimos a los interesados en asistir a la mini excursión al Rocío, del día 14, martes, para asistir a la Misa de Acción de Gracias de la Guardia Civil, que con sus esposas e hijos, y con un coro extraordinario de ellos y ellas, forman un conjunto, llamémosle eclesial, que colma de jubiloso fervor, los corazones más duros. No os perdáis algo, que aún presenciándolo y participando todos los años, colma de fervor y gozo al más exigente. Pero inscribirse enseguida, pues quedan pocas plazas.

La Misa del próximo viernes día 10, la ofreceremos por el antiguo y querido socio, Manuel Ros Castillo que vivía en Almería; y por Rosario, la esposa del también antiguo y querido socio Juan Leyva. Los dos fallecieron recientemente en la misma semana. Nuestro más sincero pésame para ambas familias.

Estamos preparando una excursión para finales de JULIO, que quizás sería para el Algarve portugués (Lagos, Portimao, Faro, Cabo S.Vicente, etc.) y Fátima, pues lo de Las Edades del Hombre (Medina del Campo y Medina de Rioseco) con el románico de Palencia queda lejos. ¿Podéis decir a quienes os interesaría?

No os olvideis de nuestros enfermos. Un cordial saludo de

LA JUNTA DIRECTIVA

SAN ANTONIO DE PADUA, EL DE LAS COSAS PERDIDAS

San Antonio de Padua es uno de los santos más queridos de la cristiandad. Un santo verdaderamente internacional, amado e invocado por multitud de devotos. ¿Por qué de su fama? Su aspecto físico no era particularmente atrayente, más bien alto y desgarbado, y murió a los 36 años de hidropesía. Pero ahí está en el santoral de la Iglesia, en primera línea: conviven en la veneración de este portugués la admiración por su excepcional cultura con la fe de la gente humilde para quien siempre ha sido el taumaturgo dispuesto a prestar el auxilio en todo aquello que se le pida.

Los portugueses le llaman San Antonio de Lisboa, porque allí nació hacia 1195, de familia noble que le puso por nombre Fernando. Descendiente de cruzados, se cree que su padre era nieto de Godofredo de Buillón. Muy pronto mostró su vocación religiosa y, a los quince años, ingresó en los canónigos regulares de San Vicente de Fora.

El joven Fernando, tomó la decisión de convertirse en seguidor de San Francisco y de partir a Africa para una cruzada personal. Tomó el sayal franciscano y cambió su nombre por el de Fray Antonio de Olivares. Al pisar Africa, una enfermedad inoportuna con fiebres altas le obligó a volver a Portugal. Pero una tormenta cambió el rumbo del barco, que le llevó a Sicilia, y Antonio interpretó esto como un signo del destino. Acogido en el convento franciscano de Mesina, se puso en camino para asistir al capítulo de la Orden franciscana que se había convocado para Pentecostés de 1221. Allí conoció personalmente a Francisco de Asís, pero, perdido entre cinco mil frailes, pasó tan desapercibido, que ni siquiera le dieron destino. Pidió al provincial de la Romaña que le ofreciera por caridad una residencia. Y como era sacerdote, lo envió a la ermita de Montepaolo, cerca de Forlì, para celebrarles misa a los cuatro frailes menores que allí residían. Paso un año, sin que nadie se apercibiera de la valía e inteligencia de este fraile portugués.

En Septiembre de 1222, van a ser ordenados unos frailes franciscanos y dominicos en la catedral de Forlì, pero no encuentran sacerdote que desee predicar. Se lo encargan a Antonio por oficio, por orden del superior. Y fue tal la elocuencia, el dominio en su conocimiento de los textos de la Sagrada Escritura y su unción y humildad, que todos quedaron sorprendidos. Descubrieron entonces la talla intelectual de aquel humilde fraile. Enterado Francisco de Asís, le encargó la formación teológica de los frailes, cosa que hizo durante dos años en Bolonia, no dejando a la vez de predicar por doquier.

A su fama de predicador se une la de taumaturgo. Los prodigios se multiplican a su paso. Contemos una muestra tan sólo.

Durante una predicación sobre la Eucaristía, una hereje le espetó:

- *Creeré que Cristo está realmente presente en la Hostia si mi mula se arrodilla ante la custodia.*

Antonio aceptó el reto. Durante varios días, aquel hombre tuvo el animal sin comer y cuando fue convenido, mientras el Santo levantaba la custodia bendiciendo con el Santísimo, el hereje pretendía distraer al animal famélico con un saco de pienso. Pero la mula se hincó de rodilla.

Los tres últimos años de su vida los vivió en Padua, que se llevó la honra de perpetuar su nombre a la vera del santo portugués. En esta ciudad escribió sus **Sermones dominicales**.

Para reponer fuerzas, se retira a Camposampiero, no lejos de Padua, en una finca propiedad del Conde Zino, admirador del santo. Se hace construir una choza de ramas sobre un gran roble donde pasa el día en meditación, y por la noche, en una celda. Es aquí donde le sucede la visión del Niño Jesús, que ha inmortalizado Murillo con el célebre cuadro de San Antonio que se halla en la catedral de Sevilla. El conde, atraído por la luz que iluminaba la estancia del santo, contempló también al Niño Jesús que acariciaba a un Antonio en éxtasis.

Y murió, el día 13 de Junio de 1231, en una celda que aún se conserva. Tenía 36 años.

Los niños esparcieron la noticia por las calle gritando: ¡*Ha muerto el padre santo!*!

Y se formó una batalla no del todo incruenta. La gente de Arcella quería conservar su cuerpo. Los de Padua lo reclamaban para sí. Se formaron barricadas e incursiones de una y otra parte. Venció Padua, gracias a la intervención de la guardia, que arrestó a toda la población de Arcella. El cuerpo del santo fue trasladado a la iglesia de Santa María de Padua y en la tumba del santo se repitieron numerosos prodigios. Al mes de su muerte, comenzó el proceso de canonización y antes del año, el 30 de Mayo de 1232, fue elevado a los altares por el Papa Gregorio IX. Todo un récord.

Santo popular, milagrero y querido de la gente del pueblo. El santo de los objetos perdidos, de las chicas que buscan novios y de tantas otras cosas que la devoción popular ha encontrado en este santo. Es tradición que los estudiantes de Padua, cuando llegan las fechas de los exámenes, se acercan sigilosamente a la basílica del santo e imploran su protección especialmente ante el relicario que contiene su lengua. Para que les ayude a mover la suya con sabiduría en el examen del día siguiente.

Un santo muy querido por los fieles, profundo teólogo y gran pensador de su tiempo. Pío XII, en 1945, lo declaró doctor de la Iglesia con el apelativo de *Doctor Evangelicus*.

(Del Libro **LOS SANTOS PROTECTORES** de Santiago Martín)